

POR UN REPLANTEAMIENTO DE LA PASTORAL SACRAMENTAL

INTRODUCCIÓN

A la vista de algunos hechos, que luego enumeraremos, se puede decir que existe hoy una cierta insatisfacción bastante extendida en relación con la pastoral sacramental¹. Con esta expresión me refiero al modo de presentar, preparar y celebrar los sacramentos y su consiguiente expresión en la vida cristiana, no al margen sino dentro de la pastoral general de la Iglesia a través de la cual cumple el mandato que le dejó Cristo de anunciar la salvación y hacerla presente por medio de los signos sacramentales y el testimonio de los discípulos, y más en concreto como parte fundamental de la *pastoral litúrgica* que es la tarea incesante de la Iglesia.

Juan Pablo II se refirió en sus dos cartas apostólicas conmemorativas de la constitución *Sacrosanctum Concilium* a este asunto. En 1988 escribió: “Si la reforma de la Liturgia querida por el Concilio

¹ Dionisio Borobio ofrece esta definición: “Pastoral sacramental es la acción de la comunidad entera, por medio de sus agentes, a través de unos medios y dispositivos concretos, adaptados a las diversas situaciones vitales-sacramentales, y a la actitud de fe del sujeto, en orden a preparar, suscitar, autenticar y mejorar las disposiciones del mismo y de la comunidad entera, de modo que el sacramento sea dignamente celebrado y, en cuanto acontecimiento celebrativo participativo, exprese y realice todo lo que significa, para la renovación de la vida personal y comunitaria, en coherencia con el Evangelio y con el sacramento celebrado” (*Pastoral de los sacramentos* [Salamanca: Secretariado Trinitario 1996] 27).

Llama la atención que en el *Nuevo Diccionario de Pastoral*, dirigido por Casiano Floristán (Madrid: San Pablo 2002), no se recoja la voz “Pastoral sacramental” o de los sacramentos, y sin embargo, sí aparecen otras voces como Pastoral de la salud, o de migraciones, o litúrgica, obrera, penitenciaria, rural, urbana.

Vaticano II puede considerarse ya realizada, en cambio, la pastoral litúrgica constituye un objetivo permanente para sacar cada vez más abundantemente de la riqueza de la liturgia aquella fuerza vital que de Cristo se difunde a los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia². Y un poco antes de su muerte, en 2003, volvió a recordar que “hace falta una *pastoral litúrgica* marcada por una plena fidelidad a los nuevos *ordines*. A través de ellos se ha venido realizando el renovado interés por la *palabra de Dios* según la orientación del Concilio, que pidió una “lectura de la sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada”. Los nuevos leccionarios, por ejemplo, ofrecen una amplia selección de pasajes de la Escritura, que constituyen una fuente inagotable a la que puede y debe acudir el pueblo de Dios [...]. La *pastoral litúrgica*, a través de la introducción en las diversas celebraciones, debe suscitar el *gusto por la oración*. Ciertamente, ha de hacerlo teniendo en cuenta las capacidades de los creyentes, en sus diferentes condiciones de edad y cultura; pero tiene que hacerlo tratando de no contentarse con lo “mínimo”³.

En el marco de la pastoral litúrgica se sitúa, pues, la pastoral sacramental, y en la medida en que aquella esté bien planteada, ésta resultará más eficaz. Pero hay sacerdotes que no saben cómo afrontar este asunto y siguen celebrando los sacramentos como si la crisis que nos afecta no tuviera lugar. Y se trata de una crisis global en la que se ve inmersa la Iglesia entera, que cuestiona lo que representa, lo que anuncia y de lo que quiere dar testimonio. Otros se esfuerzan por ofrecer celebraciones más vivas y novedosas, ideando nuevas formas de creatividad simbólica. No faltan tampoco los que prescindir por completo del ritual creando un “*ordo*” propio para cada sacramento y ocasión. En todo caso, ni en las celebraciones ritualistas ni en las rompedoras se vislumbra una salida pronta de la crisis. En general, los pastores de todas las tendencias constatan que sus esfuerzos por vivificar la práctica sacramental (del bautismo al matrimonio) de forma duradera se topan con muchos obstáculos y dificultades. El interés de los fieles por la renovación y la parti-

² *Vicesimus Quintus Annus*: en el XXV aniversario de la constitución Sacrosanctum Concilium [4-12-1988], n. 10.

³ *Spiritus et Sponsa*: en el XL aniversario de la constitución Sacrosanctum Concilium [4-12-2003] nn. 8.14). Sobre esta cuestión, L. Della Torre, “Pastoral litúrgica”, en D. Sartore . A. M. Triacca (dirs), *Nuevo Diccionario de Liturgia* (Madrid: Paulinas 1987)1576-1600; D. Sartore, “Pastorale liturgica”, en M. Sodi – A. M. Triacca (a cura di), *Dizionario di Omiletica* (Leumann [Torino]: ElleDiCi 2002) 1109-1113; J. Llopis, “Pastoral litúrgica”, en C. Floristán (dir.), *Nuevo Diccionario de Pastoral* (Madrid: San Pablo 2002) 1103-1111.

cipación activa no siempre se corresponde con las expectativas (y deseos) de los pastores. En las líneas que siguen planteo algunos problemas que afectan a la pastoral sacramental, arriesgando también soluciones que pueden ser equívocas o demasiado drásticas, pero con la única intención de que sirvan para la reflexión y el debate.

1. SITUACIÓN ACTUAL

Sin echar mano de estadísticas científicamente contrastadas⁴, cualquiera puede constatar que la práctica sacramental está descendiendo en España no ya de año en año, sino (casi) de mes en mes. Y no me refiero únicamente al hundimiento de la práctica dominical donde niños, jóvenes y adultos de entre 30 y 50 años brillan por su ausencia en muchas asambleas (contando siempre con las excepciones de rigor), sino al descenso de la práctica sacramental en general: cada vez hay más niños en edad escolar sin bautizar. Son mayoría los jóvenes bautizados que después de hacer la primera comunión luego no se confirman ni aparecen más por la iglesia (cosa que sucede también, en gran parte, con los pocos que se confirman). El sacramento de la penitencia sigue sumido en una crisis profunda y son pocos los cristianos que se acercan a él con regularidad (ni siquiera cuando se ofrece con 'rebajas')⁵. Hay parroquias que celebran una vez al año comunitariamente el sacramento de la unción de los enfermos, pero por desgracia son más los que parten de este mundo sin el conocimiento, la práctica y el consuelo de este sacra-

⁴ "El País Vasco y Cataluña vuelven a figurar entre los últimos puestos en cuanto a práctica religiosa se refiere. El 16,9 y 11,3 por ciento respectivamente de los encuestados va a misa «casi todos los domingos y festivos», por debajo de la media nacional, que es del 18,5 por ciento. Sorprende el hecho de que algunas de las regiones que registran el mayor porcentaje de católicos son, paradójicamente, las menos practicantes. Es el caso de Extremadura, donde sólo 17 de cada 100 habitantes van a misa los domingos, o Valencia y Canarias, donde apenas son 14. En cifras, algo más de ocho millones de españoles cumplen habitualmente con el precepto dominical. Seis de cada diez catalanes (la cantidad más grande de España) no pisan «casi nunca» una iglesia al año. Les siguen los murcianos, con el 52,8 por ciento, e inmediatamente los vascos, con el 51,1" (Arzobispado de Pamplona. *Resumen diario de Prensa*, 4-02-2004).

A día de hoy, estos datos seguramente habría que corregirlos a la baja.

⁵ Me refiero obviamente al uso indiscriminado de la tercera fórmula del ritual, la absolución colectiva, sin la preceptiva autorización del obispo y sin declarar las condiciones de la celebración sacramental que el propio rito exige.

mento, que todavía es percibido por muchos como el sacramento de la extrema-unción, y por tanto, de la muerte inminente. Para el sacramento del orden hay cada vez menos candidatos hasta el punto que habría que declarar en quiebra técnica una gran parte de los seminarios actuales (al menos por la desproporción entre el edificio que los alberga, el claustro de profesores y el reducido número de seminaristas). Finalmente, en algunas regiones más secularizadas los matrimonios por lo civil (sin contar las uniones de hecho) igualan ya a los que se celebran por la Iglesia (y en las demás van de camino). Desde luego el panorama descrito no es muy halagüeño, pero tampoco podemos disimular ni cerrar los ojos, es lo que hay: la práctica sacramental está sumida en una profunda crisis de la que no se ve la salida inmediata. El indiferentismo religioso se extiende como una mancha de aceite por la sociedad secularizada, haciendo muy difícil la respuesta sacramental que sigue a la respuesta de la fe⁶.

2. CENTRALIDAD DE LA VÍA SACRAMENTAL

La gravedad de la crisis toca a la entraña del cristianismo, porque Jesús nos dejó los sacramentos como signos de su presencia y camino de salvación. La religiosidad popular está bien, a muchos les sirve para encontrarse con Dios a través de la Virgen o de los Santos. Pero el Señor no nos señaló las procesiones o las reliquias como vehículos para el encuentro con Él; no digo que haya que desprestigiar estas cosas ni proscribirlas como restos de superstición o de magia; como todo, también la religiosidad popular hay que someterla a un riguroso proceso de conversión-evangelización. Lo que digo es que el cristianismo es una religión centrada en la economía sacramental (no en las devociones particulares) y, por eso en los sacramentos encontramos a Jesucristo y su salvación. Pues como decía San León Magno: “lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus mis-

⁶ “El fenómeno de la secularización, que comporta aspectos marcadamente individualistas, ocasiona sus efectos deletéreos sobre todo en las personas que se aíslan, y por el escaso sentido de pertenencia [...] Se ha de reconocer que uno de los efectos más graves de la secularización [...] consiste en haber relegado la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera algo inútil respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres” (Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal “*Sacramentum caritatis*” [22-02-2007], nn. 76.77).

terios”⁷. O sea, los signos de salvación que Él realizó durante su vida mortal para comunicar la salvación son ahora los sacramentos por voluntad e institución suya. Si del cuerpo de Cristo salía una fuerza sanadora de modo que el que lo tocaba quedaba curado (cf Lc 5,17; 6,19; 8,46), esta misma fuerza brota ahora de aquellos signos suyos, en los que él actúa y está presente: los sacramentos⁸.

Sin duda, Jesús no está encerrado en sus propios signos de salvación, como si no pudiera obrar la salvación por otros medios y caminos, especialmente por la vía del amor al prójimo (Mt 25,31-46), pero si Él nos ha indicado el camino y nos ha dejado los signos apropiados para recorrerlo no podemos ignorarlos ni menos despreciarlos. Además, la economía sacramental se adecua perfectamente con la de la encarnación, más aún, es su prolongación en el tiempo. ¿No es el cuerpo de Jesús de Nazaret el cuerpo del Verbo de Dios hecho hombre? ¿No es su humanidad santísima el sacramento principal de Dios Padre (Jn 14,9-10) y de la comunicación de la gracia (Jn 4,14)? Y el cuerpo de Cristo, nacido de la Virgen que padeció la muerte y ahora está glorificado junto al Padre, ¿no se completa, generación tras generación, con los nuevos miembros renacidos en el bautismo que forman la Iglesia, de la cual Él es la cabeza? Si Cristo es el sacramento del Padre, pues es su Verbo, la Iglesia lo es de Cristo, pues es su cuerpo; en uno y otro caso, esta dimensión sacramental se realiza por la acción del Espíritu Santo que ungió a Jesús (Lc 4,18; 3,22) y unge a todos los bautizados para ser miembros de Cristo (2Cor 1,21; 1Jn 2,20.27).

En el tiempo presente y hasta su vuelta, los sacramentos prolongan en el cuerpo total de Cristo, la Iglesia, la presencia y acción del mismo Cristo⁹. La economía de la encarnación, a la que tendía toda

⁷ Texto citado por el CCE en el n. 1115, donde se dice también que “los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de los que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos”.

⁸ “Los sacramentos, como ‘fuerzas que brotan’ del Cuerpo de Cristo siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son ‘las obras maestras de Dios’ en la nueva y eterna alianza” (CCE, n. 1116).

Cf E. Schillebeeckx, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios* (San Sebastián: Dinor 1971); D. Borobio, *Sacramentos y etapas de la vida* (Salamanca: Sígueme 2000); Id., *Celebrar para vivir. Liturgia y sacramentos de la Iglesia* (Salamanca: Sígueme 2003); L. Maldonado, “Sacramentos”, en *Nuevo Diccionario de Pastoral I=NDPI* (Madrid: San Pablo 2002).

⁹ “Lo mismo que Cristo es signo del Padre, así el sacramento es signo de Cristo. Hay una estrecha relación entre la cristología y la sacramentología. Cristo es el sacramento fundamental, y los sacramentos del septenario son la prolon-

la historia de la salvación de la antigua alianza (Lc 24,25-27; Jn 8,56-58), se ha transformado por institución y voluntad de Cristo en la economía sacramental. Por eso no podemos prescindir de los sacramentos por medio de los cuales Cristo, que actúa por el Espíritu en la Iglesia, nos dispensa la salvación y nos posibilita el encuentro personal con Él. Los pastores de la Iglesia al servicio del único Pastor tienen que poner en el centro de sus actividades y preocupaciones pastorales los pastos y fuentes de aguas vivas que sacian el hambre y la sed de vida eterna: estos son principalmente los sacramentos.

Ahora bien, los sacramentos, para que no deriven en acciones y ritos mágicos, tienen que estar sostenidos y fundados en la Palabra. Los signos sacramentales también tienen necesidad de ser evangelizados, es decir, han de referirse continuamente a la palabra vivificadora de Cristo. “Ciertamente, las acciones simbólicas son ya un lenguaje, pero es preciso que la Palabra de Dios y la respuesta de fe acompañen y vivifiquen estas acciones, a fin de que la semilla del Reino dé su fruto en la tierra buena. Las acciones litúrgicas significan lo que expresa la Palabra de Dios: a la vez la iniciativa gratuita de Dios y la respuesta de fe de su pueblo. La *liturgia de la Palabra* es parte integrante de las celebraciones sacramentales. Para nutrir la fe de los fieles, los signos de la Palabra de Dios deben ser puestos de relieve” (CCE nn. 1153.1154). Quizás aquí se localiza uno de los puntos débiles de la pastoral sacramental (ciertamente, tal debilidad no es de ahora, sino de mucho tiempo atrás, quizás desde que se abandonaron en la Iglesia las catequesis mistagógicas): celebrar los sacramentos sin una verdadera evangelización no puede conducir a buen puerto, a no ser que nos contentemos con la eficacia “*ex opere operato*”, que si en un momento de la historia hubo de reivindicarse frente a la unilateralidad del “*ex opere operantis*”, su permanencia en el tiempo como noción absolutizada ha conducido al *impasse* sacramental que lamentamos por la no (siempre exigida) implicación del sujeto (de la fe del sujeto que pide, celebra y recibe el sacramento)¹⁰.

gación o actualización de esa sacramentalidad primordial que es la persona de Jesucristo” (L. Maldonado, “Sacramentos”, en NDP, 1323).

¹⁰ Con la expresión “*ex opere operato*” “se hace una afirmación solemne: que el sacramento es gracia, que sus efectos son algo gratuito, inmerecido, no el premio a nuestros méritos... El malentendido a que dio lugar esta doctrina conciliar y bíblica fue y ha sido el siguiente: los hombres y mujeres que reciben los sacramentos no tienen que hacer ningún acto personal, basta con que lo reciban pasivamente, con que sean sujetos pasivos. Se olvida entonces que todo acto sacramental exige ese acto previo y concomitante que llamamos fe. Ahora bien,

He mencionado las catequesis mistagógicas que son las que preparan inmediatamente a la celebración de los sacramentos, lo cual supone que los destinatarios de las mismas están ya en el camino de la fe. Estas catequesis no son el primer anuncio de la fe, sino que la suponen¹¹. Pero en las actuales circunstancias (como probablemente en otros momentos de la historia del cristianismo) nos encontramos con que muchos de los que piden los sacramentos apenas poseen una fe inicial, lo cual exige antes que nada un anuncio explícito de Dios y de la obra de la salvación realizada por Jesucristo y actualizada por el Espíritu en la Iglesia. Pasar directamente a los sacramentos sin el apoyo de una fe viva y madura es el camino más rápido para vaciar la economía sacramental de significado y eficacia salvífica. Asentada la fe, las catequesis mistagógicas conducen directamente al sacramento a través de los textos y símbolos de su celebración (eucológicos y bíblicos)¹². Lo que en ningún caso puede aceptarse es una celebración sacramental sin referencia alguna a la fe y a la palabra. “La palabra y la acción litúrgica, indisociables en cuanto signos y enseñanza, lo son también en cuanto que realizan lo que significan. El Espíritu Santo no solamente procura una inteligencia de la Palabra de Dios suscitando la fe, sino que también mediante los sacramentos realiza las ‘maravillas’ de Dios que son anunciadas por la misma Palabra: hace presente y comunica la obra del Padre realizada por el Hijo amado” (CCE 1155).

el acto de fe es el acto más profundamente personal que puede hacer el hombre, el que más le compromete, pues decide sobre toda la orientación de su persona y su vida en un sentido de entrega total a Dios en Cristo” (L. Maldonado, *art. cit.*, 1331).

¹¹ D. Borobio en el libro citado sobre *Pastoral de los sacramentos* trata en su segundo capítulo de la “Especificidad mistagógica de la Pastoral Sacramental”, empezando por aclarar qué se entiende por ‘mistagogia’ (p. 43ss).

¹² Realmente, los Padres hacían estas catequesis después de que los catecúmenos habían sido iniciados en los sagrados misterios, para a partir de éstos profundizar en lo que habían recibido.

Benedicto XVI, en la Exhortación apostólica postsinodal “*Sacramentum caritatis*”, n. 64 propone el siguiente *itinerario mistagógico*:

“a) Ante todo, la *interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos* [...] b) Además, la catequesis mistagógica ha de *introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos* [...] c) Finalmente, la catequesis mistagógica ha de *enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana* en todas sus facetas [...] Forma parte del itinerario mistagógico subrayar la relación entre los misterios celebrados en el rito y la responsabilidad misionera de los fieles”.

3. ABUSO DE LOS SACRAMENTOS

Me refiero aquí fundamentalmente a una celebración de los sacramentos en sí misma, como algo aislado del resto de la vida y exigencias cristianas. El Concilio Vaticano II estableció las claves principales de la comprensión y celebración de los sacramentos: éstos, enseña SC 59, “están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios [...] No sólo suponen la fe, sino que a la vez la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe. Confieren ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir con fruto la misma gracia, rendir culto a Dios y practicar la caridad”.

Se abusa de los sacramentos cuando se reduce su celebración al puro rito sin escuchar ni obedecer la palabra que lo sostiene y expresa su significado, o sea, poniendo en el rito el efecto mágico¹³. Se abusa de los sacramentos cuando su celebración no tiene ninguna implicación ni consecuencias para quien los recibe. Se abusa de los sacramentos cuando se los considera como momentos puntuales en la vida o como meros ritos de paso. Es cierto que acompañan y santifican las principales etapas de la vida desde el nacimiento a la muerte, pero para impulsar el camino que se inicia y sostener al cristiano a lo largo de él, no simplemente para señalar el comienzo de la vida, el paso a la adolescencia o el cambio de estado civil o canónico. Se abusa de los sacramentos cuando se celebran sin ninguna preparación o se entienden como mero marco para solemnizar otros acontecimientos de carácter personal o social. Todos estos abusos, y otros muchos, vacían a los sacramentos de su sentido original: por ellos Cristo nos comunica la salvación, y así hace crecer a su Cuerpo por la fuerza del Espíritu, para gloria de Dios Padre. Fuera del marco de la fe, pero de la fe que actúa por la caridad (Gál 5,6), celebrar los sacramentos es un abuso imperdonable, algo así como arrojar las margaritas a los cerdos (Mt 7,6).

¹³ “¿Qué sucede cuando la fe es sustituida por la superstición? [...] Tanto la superstición como la actitud magicista significan dos cosas. En primer lugar, son un intento de controlar a Dios sometiéndole a nuestra voluntad y a nuestros deseos [...] En segundo lugar, son una caída en el automatismo. Uno se hace víctima de la ilusión de que realizando ciertos actos externos, materiales, manipulando ciertos objetos (la parte material del sacramento) va a suceder sin más lo que él desea” (L. Maldonado, *art. cit.* 1331).

4. DEVALUACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Entre los síntomas más alarmantes de la actual crisis de los sacramentos, y de la fe, está el abandono masivo de la práctica dominical: los cristianos en un porcentaje muy alto ya no van a misa los domingos (mucho menos las fiestas de guardar entre semana). La experiencia se puede realizar visitando las iglesias de las grandes ciudades, de las medianas, de los pueblos y aún de las aldeas: en casi todas hay muy pocos niños, jóvenes y adultos menores de 50 años presentes (por poner una cifra que se podría elevar). Y esto es así no sólo en algunas regiones más secularizadas, sino que la tendencia se manifiesta por doquier, no sólo en España, sino en todos los países occidentales¹⁴, y por los efectos perversos de la globali-

¹⁴ Consciente de esta crisis, el papa Benedicto XVI ha hablado recientemente en Viena sobre la importancia del domingo: "*Sine dominico non possumus!*". Sin el don del Señor, sin el Día del Señor no podemos vivir: así respondieron en el año 304 algunos cristianos de Abitina, en la actual Túnez, cuando, sorprendidos en la celebración eucarística dominical, que estaba prohibida, fueron conducidos ante el juez y se les preguntó por qué habían celebrado en domingo la función religiosa cristiana, sabiendo que esto se castigaba con la muerte. "*Sine dominico non possumus!*". En la palabra *dominicum* / *dominico* se encuentran entrelazados indisolublemente dos significados, cuya unidad debemos aprender de nuevo a percibir. Está ante todo el don del Señor. Este don es él mismo, el Resucitado, cuyo contacto y cercanía los cristianos necesitan para ser de verdad cristianos. Sin embargo, no se trata sólo de un contacto espiritual, interno, subjetivo: el encuentro con el Señor se inscribe en el tiempo a través de un día preciso. Y de esta manera se inscribe en nuestra existencia concreta, corpórea y comunitaria, que es temporalidad. Da un centro, un orden interior a nuestro tiempo y, por tanto, a nuestra vida en su conjunto. Para aquellos cristianos la celebración eucarística dominical no era un precepto, sino una necesidad interior. Sin Aquel que sostiene nuestra vida, la vida misma queda vacía. Abandonar o traicionar este centro quitaría a la vida misma su fundamento, su dignidad interior y su belleza. Esa actitud de los cristianos de entonces, ¿tiene importancia también para nosotros, los cristianos de hoy? Sí, es válida también para nosotros, que necesitamos una relación que nos sostenga y dé orientación y contenido a nuestra vida. También nosotros necesitamos el contacto con el Resucitado, que nos sostiene más allá de la muerte. Necesitamos este encuentro que nos reúne, que nos da un espacio de libertad, que nos hace mirar más allá del activismo de la vida diaria hacia el amor creador de Dios, del cual provenimos y hacia el cual vamos en camino. "*Sine dominico non possumus!*". Sin el Señor y el día que le pertenece no se realiza una vida plena. En nuestras sociedades occidentales el domingo se ha transformado en un fin de semana, en tiempo libre. Ciertamente, el tiempo libre, especialmente con la prisa del mundo moderno, es algo bello y necesario, como lo sabemos todos. Pero si el tiempo libre no tiene un centro interior, del que provenga una orientación para el conjunto, acaba por ser tiempo vacío que no nos fortalece ni nos recrea. El tiempo libre necesita un centro: el encuentro con

zación de los malos ejemplos también empieza a notarse en ciertos países en vías de desarrollo. Nadie puede negar que hay una crisis de la práctica eucarística, que responde a una gran crisis de fe. En Occidente, la fe se ha vuelto problemática, sospechosa, por lo que disminuyen también los compromisos en su nombre.

Relaciono directamente la crisis de la práctica dominical con la crisis de fe, porque en la Eucaristía se concentra el núcleo de la fe cristiana: “la de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía [...] La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario”¹⁵. La fe cristiana no se refiere a Dios en general, sino a Dios en cuanto revelado y manifestado en Jesucristo. Por eso en el centro del Símbolo de la fe está el misterio de Cristo, el Hijo de Dios encarnado, muerto, resucitado y exaltado a la derecha del Padre. La fe cristiana es cristológica: llegamos al Padre por Cristo. Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). La acción del Espíritu en la comunidad de los discípulos se refiere a Él: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14,26). Por eso, “cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Es más, “cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa [...] Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo explicará a vosotros” (Jn 16,13s).

El objeto de la fe cristiana es Jesucristo, revelador del misterio de Dios: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,18). Y Jesucristo nos ha dejado el memorial de su presencia personal y de su obra redentora en el misterio de la Eucaristía que se completa con el memorial de su entrega servicial en el lavatorio de los pies¹⁶. Aquí, en el culto eucarístico y en el servicio fraterno, encontramos a Cristo que nos introduce en el misterio de su muerte y resurrección y así, en el misterio mismo de Dios. Lo cual quiere decir que si la Eucaristía pierde

Aquel que es nuestro origen y nuestra meta” (Benedicto XVI, *Homilía en la catedral de San Esteban*, Viena, 9-09-2007).

¹⁵ Benedicto XVI, Exhortación apostólica “*Sacramentum caritatis*”, nn. 6.7

¹⁶ “Mientras la práctica del servicio mutuo es la condición y la expresión absoluta de la vida del creyente, la práctica del sacramento es sólo una vía para encontrar al Resucitado [...] Al don de sí significado por la cena eucarística corresponde el don constante de sí simbolizado por el lavatorio de los pies. El discípulo debe ‘servir’ para dar a su culto el sello de la verdad plena” (X. Léon-Dufour, *Il Pane della Vita* [Bologna: EDB 2006] 99. 111).

sentido y valor en la vida de los cristianos, en realidad, está perdiendo fuerza la fe. “En efecto, la vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la celebración eucarística, en que se hace memoria de la victoria pascual. Participar en la asamblea litúrgica dominical, junto con todos los hermanos y hermanas con los que se forma un solo cuerpo en Jesucristo, es algo que la conciencia cristiana reclama y que al mismo tiempo la forma. Perder el sentido del domingo, como día del Señor para santificar, es síntoma de una pérdida del sentido auténtico de la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios”¹⁷. Dicho de otro modo, no puede haber fe cristiana sin Cristo, y a Cristo lo encontramos principalmente en el memorial de su presencia y obra que él nos dejó con mandato expreso de repetirlo de generación en generación hasta su vuelta: “Pues cada vez que comáis y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1Cor 11,26).

Esta centralidad cristológica de la fe y del sacramento de la fe debería tener consecuencias en la vida cristiana. Por ejemplo, estamos acostumbrados a celebrar funerales y bodas en el marco de la Eucaristía. Yo creo que en este punto habría que dar un paso claro y firme. A una persona que a lo largo de su vida apenas ha participado en la Eucaristía, que por tanto no ha valorado durante su vida el don más grande que Cristo nos ha dejado de sí mismo y de su obra, el don que constituye el centro de la fe y de la vida cristiana, no tiene sentido que al final de su existencia la introduzcamos en la iglesia, de cuerpo presente o sus cenizas, para despedirla con una Eucaristía. Con esta ceremonia hacemos de la Eucaristía un puro saldo, o la *gracia barata* de que hablaba D. Bonhoeffer¹⁸. Y si encima el celebrante la declara ya prácticamente en la presencia de Dios (lo cual no es raro de escuchar), él mismo está devaluando la Eucaristía confirmando la no práctica de la misma como norma habitual. A un cristiano persistentemente no practicante no se le debería despedir de este mundo con una Eucaristía, sino con una liturgia de la palabra (incluyendo una oportuna homilía) que se concluiría con una oración o responso implorando para él el juicio benevolente de Dios. Y la gente tendría que saber de ante mano, no en aquel momento dramático, que el que no aprecia la Eucaristía y por eso no la frecuente, de nada le sirve adornar su entierro con una Misa. (Lo

¹⁷ Benedicto XVI, “*Sacramentum caritatis*”, n. 73

¹⁸ *El precio de la gracia* [Salamanca: Sígueme 1968] que empieza así: “La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Hoy combatimos a favor de la gracia cara” (17).

cual no quiere decir que aquellas personas que valoran lo que es y significa la Eucaristía no puedan encomendar al difunto ofreciendo por su eterno descanso la santa Misa; al fin y al cabo, la Iglesia en la Plegaria eucarística ora por los que han muerto en la paz de Cristo y por todos los demás difuntos, cuya fe sólo el Señor ha conocido).

Todavía esto debería estar más claramente determinado en el caso de las bodas: dos jóvenes quieren casarse por la Iglesia, es decir, quieren celebrar el sacramento del matrimonio, pero desde la primera comunión o desde la confirmación no habían vuelto a aparecer por la iglesia, y presumiblemente tenga la misma intención para el futuro. A estos jóvenes hay que decirles que no tiene sentido celebrar su boda dentro de la Eucaristía. Es más, pienso que ni siquiera deberían celebrar en esas condiciones de alejamiento de la Iglesia, es decir, de la fe y de la práctica sacramental, el sacramento del matrimonio. Bastaría también con una breve 'liturgia' de oración invocando de Dios sobre los nuevos esposos la gracia del encuentro con Él para que la comunión entre ellos fuera eficaz y duradera.

Si en relación con estos acontecimientos (matrimonios y funerales) debemos ser exigentes para no banalizar la Eucaristía, mucho más hemos de estar atentos cuando los motivos de su celebración son de pura índole festiva, para solemnizar acontecimientos profanos o folclóricos, o incluso académica. No es una práctica de pastoral sacramental adecuada, es más bien contraproducente, iniciar en los colegios el curso con una Misa en la que todos los niños y adolescentes comulgan sin ninguna preparación y después de meses de alejamiento de la iglesia. Estas celebraciones no sólo no edifican la fe de los asistentes (no digo participantes), sino que la minan por dentro. La Misa jamás puede ser un adorno festivo, sino siempre expresión de la fe en el misterio de Cristo que en ella actualiza su entrega a la muerte por nuestra salvación. A mí me parece que es más eficaz o edificante, pastoralmente hablando, y más coherente (y no menos significativo) inaugurar el curso en colegios e institutos con una liturgia de la palabra bien preparada, concluida con las peticiones, la oración del Señor y la bendición.

También habría que sopesar críticamente en qué condiciones damos la primera comunión a los niños. Si éstos no cuentan con el apoyo de los padres (de la fe y el testimonio / compromiso de los padres) este primer encuentro del niño con el Señor en el sacramento de la Eucaristía puede ser el último (y lo es en muchos casos). Y para eso no hacía falta tanto empeño catequético dirigido a los niños, cuando en realidad habría que enfocarlo (también) a los

padres. Claro que éstos no se dejan tan fácilmente catequizar. Y sin embargo, dice el Papa, “en la acción pastoral se tiene que asociar siempre la familia cristiana al itinerario de iniciación [...] Quisiera subrayar aquí la importancia de la primera Comunión. Para tantos fieles este día queda grabado en la memoria con razón como el primer momento en que, aunque de modo todavía inicial, se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús. La pastoral parroquial debe valorar adecuadamente esta ocasión tan significativa”¹⁹. La doctrina está bien y recoge su propia experiencia al respecto, lo que falta hoy es la “familia cristiana”, de modo que por aquí habría que comenzar: por evangelizar la familia.

5. POR UNA PASTORAL DE REALISMO SACRAMENTAL

Hoy en día, dada la crisis generalizada de fe (se entiende de fe viva, madura, comprometida), deberíamos reflexionar si no sería bueno ser más parcos y cautos en la celebración y administración de los sacramentos. A lo mejor esta reflexión y cautela habría que haberla hecho mucho antes (tal vez siglos ha), pero dadas las condiciones actuales de desconocimiento y debilidad de la fe (a nivel personal, familiar y social) se impone recuperar una especie de catecumenado en el que se privilegie el anuncio de la fe. Es poco eficaz, pastoralmente hablando, seguir con la práctica sacramentalizadora cuando lo que se necesita de verdad es la práctica evangelizadora. Por ejemplo, ¿qué sentido tiene seguir bautizando niños de padres no practicantes o incluso de padres que viven como parejas de hecho y que no muestran intención de regular su situación sacramental? Ya sabemos que el bautismo es el sacramento principal de la salvación, el único verdaderamente necesario, pues es el que nos abre las puertas de todos los demás sepultándonos con Cristo en su muerte para resucitar con Él (Rom 6,3-4)²⁰. Pero este sacramento no

¹⁹ Benedicto XVI, “*Sacramentum caritatis*”, n. 19

²⁰ “El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión” (CCE n. 1213). “El Bautismo es necesario para la salvación en aquéllos a los que el Evangelio ha sido anunciado y han tenido la posibilidad de pedir este sacramento. La Iglesia no conoce otro medio que el Bautismo para asegurar la entrada en la bienaventuranza eterna” (CCE, n. 1257).

lo pide el niño, ni lo puede pedir, sino sus padres. Y hay que tener en cuenta que, según la práctica inmemorial de este sacramento, “la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios si no le administraran el Bautismo poco después de su nacimiento” (CCE, n. 1250). Pero ¿qué piden en verdad los padres que no viven la fe cristiana en la realidad de sus vidas? ¿Y a qué se comprometen en relación con la vida cristiana futura de su hijo si ellos viven alejados de las exigencias de la vida cristiana? Aquí también administramos con frecuencia la gracia barata, normalmente para evitar fricciones y tensiones pastorales. Pero con esta táctica apaciguadora no lograremos afianzar el edificio tambaleante, sólo mantenerlo en pie por un tiempo más.

Algo parecido habría que decir en relación con el sacramento de la confirmación. Ciertamente, son pocos los jóvenes que se confirman, porque la mayoría no quiere someterse al proceso de preparación. Pero ¿para qué celebrar la confirmación si falla por la base el compromiso principal de este sacramento y que se refiere a la adultez cristiana, y con ella al compromiso público del testimonio de la fe que ahora aparece como confirmada por la aceptación personal del confirmando?²¹ Ya de entrada habría que revisar a fondo el proceso de preparación de este sacramento, que aquí sí tendría que ser un proceso verdaderamente mistagógico (y no reuniones o encuentros para pasar el rato). Una exigencia de preparación que no puede ser meramente teórica, sino de compromiso vital. ¿Cómo admitir a la confirmación a unos jóvenes que durante el proceso de preparación al sacramento no frecuentan la Eucaristía dominical? El Espíritu Santo no obra milagros en la materia no preparada, pues, como decían los clásicos, la gracia se recibe “ad modum recipientis”. Si el recipiente está cerrado, difícilmente entrará en él nada.

Una pastoral sacramental con visos de viabilidad tendrá que intentar recuperar el sentido y valor del sacramento de la conversión (= penitencia). Sin una mínima disposición a la conversión ni hay acogida de la palabra, por tanto, de la fe, pues la fe surge de la

²¹ “La Confirmación confiere crecimiento y profundidad a la gracia bautismal: nos introduce más profundamente en la filiación divina que nos hace decir ‘Abbá, Padre’ (Rom 8,15); nos une más firmemente a Cristo; aumenta en nosotros los dones del Espíritu Santo; hace más perfecto nuestro vínculo con la Iglesia; nos concede una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no sentir jamás vergüenza de la cruz” (CCE, n. 1303).

palabra (Rom 10,17) ni mucho menos puede resultar eficaz la celebración de los sacramentos. La pastoral sacramental no puede dar por perdida la batalla de este sacramento, pues sería tanto como no confiar en la fuerza transformadora de la gracia en el corazón del hombre. Habrá que plantearlo bien, eso sin duda, empezando por confrontar al propio cristiano con su realidad pecadora. Es cierto que la contaminación ambiental del pecado hace muy difícil percibir su presencia y acción en la propia conciencia y en la práctica cotidiana²², pero no intentar descifrarlo es dejar el campo abierto a su perpetuación. Enfrentar al hombre con su propia verdad no es tarea agradable, pero es el camino de liberación más eficaz que podemos proponer y ayudar a recorrer a los que se sienten atrapados por la mentira dominante, que se resume en la que, al comienzo de la historia, propuso el Tentador: “se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gén 3,5)²³. O sea, el relati-

²² “Efectivamente, como se constata en la actualidad, los fieles se encuentran inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la comunión sacramental. En realidad, perder la conciencia de pecado comporta siempre también una cierta superficialidad en la forma de comprender el amor mismo de Dios” (Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, n. 20).

²³ “¿Cuál es el cuadro que se nos presenta en esta página? El hombre no se fía de Dios. Tentado por las palabras de la serpiente, abriga la sospecha de que Dios, en definitiva, le quita algo de su vida, que Dios es un competidor que limita nuestra libertad, y que sólo seremos plenamente seres humanos cuando lo dejemos de lado; es decir, que sólo de este modo podemos realizar plenamente nuestra libertad. El hombre vive con la sospecha de que el amor de Dios crea una dependencia y que necesita desembarazarse de esta dependencia para ser plenamente él mismo. El hombre no quiere recibir de Dios su existencia y la plenitud de su vida. Él quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder de plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, y de vencer con sus fuerzas a la muerte y las tinieblas. No quiere contar con el amor que no le parece fiable; cuenta únicamente con el conocimiento, puesto que le confiere el poder. Más que el amor, busca el poder, con el que quiere dirigir de modo autónomo su vida. Al hacer esto, se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío, en la muerte. Amor no es dependencia, sino don que nos hace vivir. La libertad de un ser humano es la libertad de un ser limitado y, por tanto, es limitada ella misma. Sólo podemos poseerla como libertad compartida, en la comunión de las libertades: la libertad sólo puede desarrollarse si vivimos, como debemos, unos con otros y unos para otros. Vivimos como debemos, si vivimos según la verdad de nuestro ser, es decir, según la voluntad de Dios. Porque la voluntad de Dios no es para el hombre una ley impuesta desde fuera, que lo obliga, sino la medida intrínseca de su naturaleza, una medida que está inscrita en él y lo hace imagen de Dios, y así criatura libre. Si vivimos contra el amor y contra la verdad —contra Dios—, entonces nos destruimos recíprocamente y destruimos el mundo. Así no encontramos la vida, sino que obramos en interés de

vismo, según el cual nada hay bueno ni malo, sino que toda moral se reduce a lo que a mí me sirve y complace en cada circunstancia. El bien y el mal lo defino yo y conforme a ese principio actúo en la vida personal, familiar y social, siempre en provecho propio. Desenmascarar este principio diabólico es el primer paso hacia la conversión y su celebración sacramental. Si logramos que alguien dé este paso podemos estar seguros de que la pastoral sacramental está orientada en la mejor dirección.

CONCLUSIÓN

Es evidente que los problemas enunciados y las ‘soluciones’ propuestas no los puede resolver ni afrontar un sacerdote por su cuenta y riesgo. Los pasos en la dirección indicada requieren una programación pastoral de gran alcance, a la que habrían de sumarse todos. Y una pastoral con las exigencias enunciadas sólo podría llevarse a cabo eficazmente con el apoyo y aprobación del obispo (o si soñamos en alto, de la Conferencia Episcopal). Para esto se necesita cierta valentía, pues tenemos que arriesgar algo, por ejemplo, el número de los que cuentan como católicos, no más que como números que engrosan los balances estadísticos. Si la Iglesia sigue empeñada en mostrar los números de los millones de católicos, es decir, si se contenta con inscribir en los libros de bautismo los nombres de sus miembros, entonces será una sociedad inflada por la que circula una moneda desvalorizada, cuya credibilidad será cada vez más puesta en cuestión. Tampoco es un gravísimo problema que en una sociedad pluralista en todos los ámbitos de la existencia los cristianos seamos una minoría, con tal que seamos en verdad “la sal de la tierra” y “la luz del mundo” (Mt 5,13.14). Hacia esta minoría vamos inevitablemente, pero no parece sensato asistir a la marcha pasivamente. Podemos adelantarnos para reconducir el proceso en lo posible. En esta dirección van las reflexiones y las propuestas aquí aportadas: no podemos seguir con la sacramentalización sin una verdadera evangelización. Muchos querrán sólo ‘sacramentos’ sin querer oír hablar de ‘evangelización’, pues a esto tenemos que negarnos con decisión, con actuación común, con el apoyo de los

la muerte. Todo esto está relatado, con imágenes inmortales, en la historia de la caída original y de la expulsión del hombre del Paraíso terrestre” (Benedicto XVI, *Homilía en la solemnidad de la Inmaculada Concepción* (8-12-2005)).

responsables de la Iglesia, los obispos. Alguna vez habrá que comenzar y por algún sitio de esta Iglesia, demasiado atenta *a* y contenta *con* el número de afiliados.

JOSÉ MARÍA DE MIGUEL GONZÁLEZ